

Pájaro rojo (Fragmento)

Cuando mi abuela cumplió noventa años, mi papá quiso saltar desde el balcón de nuestra casa y convertirse en un pájaro rojo. Ella ya mostraba demasiadas huellas de deterioro. Tenía el pelo muy largo y gris, estaba desvencijada y bella, usaba sus manos como garras para comer y, a la par de su hijo, bebía sin parar.

En los encuentros familiares había dos partes construidas con la misma eficacia. Primero comíamos y repetíamos gestos humanos, aunque parecíamos robots. Después corríamos la mesa, las sillas, traíamos un parlante y empezábamos a bailar. Él se movía a lo largo del patio, altivo y frágil, meneaba hasta el piso y saltaba hacia el cielo en busca de una señal divina.

Mi papa repetía en cada reunión que era feminista pero que con sus sesenta años se sentía incapaz de modificar algunos de sus pensamientos y formas de actuar. Cuando otra persona quería hablar, él levantaba su mano con un gesto de alto, un gesto que denotaba autoridad y aseguraba que su voz era la que debía ser escuchada. Las demás teníamos que volvernos una bruma de silencio y mirarlo: ser sus espectadoras. Hacía ese zigzagueo constantemente, como quien surca una selva, va cortando la maleza y encuentra una variedad de especies de distintos colores y formas. En un lado del retrato era adorable, abierto, con una intuición arrolladora, y en el reverso era titánico y violento. A veces ese doble ejercicio de comprensión adentro mío me hacía naufragar.

La historia, o lo que supe de la historia: fue hijo de Nelly y Rufino. Rufino murió a sus tres años y por eso Nelly empezó a trabajar en la empresa de telefonía de la ciudad. Sus dos hermanas, que eran más grandes, se fueron a un colegio pupilo y él se quedó con su abuela Granny en la casa, se salvó de la desolación y el abandono.

De la muerte de Rufino tuve dos versiones. Una de mi padre, o la oficial: ataque al corazón; otra, de mi tía Lili: mi abuelo trabajaba transportando herramientas y tenía un camión. Un día mi tía Mercedes salió a la calle en donde estaba mi abuelo y se puso atrás del camión, la rueda delantera estaba sostenida con un taco que se zafó. Para que el camión no aplastara a su hija, el padre sostuvo la rueda y murió él.

Los días previos al cumpleaños de mi abuela no habían sido muy buenos. Mi mamá, mi hermana y él volvían del cumpleaños de un primo. El viaje en auto había sido una verdadera pesadilla: en los puentes él jugaba a caer por ir demasiado al borde, en la calle esquivaba autos y personas rozándolas. La familia estaba en peligro y su cabeza, llena de alcohol. El resto de la humanidad temía por su vida y mi papá, como un loco, atrapaba fantasmas que veía en la calle. Cuando llegaron a la casa, mi mamá le reprochó su comportamiento, mi hermana apenas alcanzó a decir una palabra y mi papá le clavó una percha en la frente. Mi hermana lloró por el punto que se le había formado, una cicatriz hermosa que parecía un tercer ojo corrido de lugar, como una espiritualidad maldita que jamás la iba a iluminar.

Mi mamá se fue a la casa de mi abuela, que quedaba exactamente enfrente de nuestro departamento familiar. Cuando fui a hablar con ella, sus frases parecían haber perdido la sintaxis. No me miraba a los ojos, su mirada hueca rebotaba contra la pared.

Crucé la calle y entré a nuestra casa. Abrí la puerta porque todavía tenía las llaves. En cada ambiente la luz estaba apagada. Atravesé la cocina, fui al comedor y, bajo esa oscuridad rasante, vi su sombra al lado del sillón. Me acerqué con un miedo infantil, algo así como que su cara estuviera desfigurada, que tuviera una pistola en la mano, o que se hubiera convertido en un monstruo. Estaba igual, pero extraño. Sentado, como si mirara la televisión, pero no la miraba. Hacer el ejercicio de reponer en mi cabeza el programa que podía estar mirando me serenaba. Un programa de deportes, un partido de fútbol viejo o un debate de actualidad política. Tenía el control cerca de sus piernas, pero estaba tumbado en algún lugar pesadillesco de sus sentimientos. Le dije hola y me acarició. Traté de que nos comunicáramos, pero fue en vano. Era un árbol en un bosque de penumbras.